

Interpretación simultánea para los medios

Rut Simcovich

Interpretación simultánea para los medios

La demanda actual de información al instante y las nuevas posibilidades tecnológicas han dado lugar a la aparición de un nuevo segmento en el mercado de la interpretación: la interpretación simultánea en vivo para televisión. Un análisis de los desafíos y dificultades particulares que representa para el intérprete simultáneo formado en la escuela de lo que podríamos denominar 'interpretación de conferencia' clásica, debería considerar, entre otros, los siguientes aspectos, que trataré de abordar en forma somera.

Las condiciones físicas de trabajo

Repasemos, a fin de contrastarlas, cuáles son las condiciones habituales de interpretación simultánea en una conferencia: normalmente, el intérprete está ubicado en una cabina, que cuenta con un cierto grado de aislación acústica, compartida con otro colega. La cabina tiene en el frente una ventana, y se la coloca de forma tal que el intérprete pueda ver el frente de la sala (es decir, al orador u oradores y las proyecciones que pudiera realizarse) y parcialmente al público, de espaldas o de costado.

En contraposición, ¿cuál es la situación en el caso que nos ocupa? En mi experiencia, la interpretación se realiza en un estudio de televisión. Si bien el intérprete puede pedir que se coloque en el mismo una cabina, un estudio de televisión es un lugar con características particulares que me parece útil resaltar. El estudio se divide, en líneas generales, entre el 'escenario', es decir, la parte que está preparada para verse en la transmisión, y las zonas de trabajo. Cuenta con algún tipo de escenografía, iluminación, sistemas de sonido y cámaras que se desplazarán –siguiendo las indicaciones del director– para cubrir distintos ángulos del 'escenario'. La ubicación de una cabina de interpretación no está prevista. Muchos programas semanales tienen un escenario ya armado, que se usa para cada transmisión, y en él si está previsto, por ejemplo, que haya una tribuna para público, ubicada de forma tal que el director la haga aparecer en escena o no, dependiendo de su criterio. También puede incluir un lugar para que se ubique un locutor o locutora que leerá textos en *off*, que cuenta con los elementos necesarios para su trabajo: monitor, micrófono y auriculares sobre una mesa de trabajo. Tanto el escenógrafo como el director, iluminador, etc. saben qué necesita un locutor. Pero nadie sabe ni entiende qué necesita un intérprete. La interpretación simultánea es un 'accidente' ocasional y seguramente, un 'mal necesario' que hay que soportar cuando no queda más remedio. No quiero con esto insinuar mala voluntad de ninguna de las partes involucradas: productores, conductores o distintos técnicos. Al contrario: he recibido de ellos muestras de respeto y consideración. Se trata, simplemente, de que la interpretación simultánea no forma parte del esquema de los programas, no tienen una idea muy clara de qué es, cómo se hace ni qué condiciones pueden ser favorables o negativas para el intérprete.

Esto es fácilmente comprobable si se tiene en cuenta el desfile de técnicos que invariablemente se produce durante el programa, cuando ya la interpretación está en curso. En algún momento, empiezan a sospechar que está pasando algo que no conocen y es común que 'espíen' desde la puerta de la cabina o que desfilen constantemente por delante de ella.

En la práctica, y dependiendo de la anticipación con la que se haya previsto la interpretación simultánea (que puede ser semanas, días o a veces horas), será posible o no colocar una cabina en el estudio (a veces será simplemente una mesa); pero el lugar de la cabina estará determinado por las posibilidades que ofrece una escenografía ya armada y pensada sin tenerla en cuenta, por las razones que se explicaron.

La consecuencia es que, con suerte, la cabina estará en un lugar desde donde se puede ver parte del 'escenario', pero con cámaras, camarógrafos, sonidistas, productores, fotógrafos, iluminadores, etc. parados delante de la cabina o pasando frente a ella, o simplemente esperando el momento en que les toque hacer su parte. Por un lado, todo esto inevitable en función de la disposición de elementos en el 'set', pero, por otro, es también por que no existe una comprensión de cuánto esto perturba la concentración y el trabajo del intérprete.

Así, mientras que en la sala de conferencias se guardan ciertas convenciones o cortesías y el público suele estar sentado, manteniéndose más o menos en silencio y, si debe salir de la sala o moverse lo hace con cierto recato para no llamar la atención ni crear distracciones, en el estudio de Televisión, además de las cámaras y los camarógrafos, está presente una variedad de técnicos, productores, locutores, invitados, y, por qué no, curiosos. Si bien todos están obligados a mantener un silencio absoluto y a moverse con sigilo, pueden o inclusive deben moverse de un lado a otro, hacer señas, levantar carteles, etc., todo lo cual crea distracciones visuales para el intérprete.

Además, si bien en la sala de conferencias toda la distribución de muebles y otros elementos dirigen la atención del público hacia adelante y no hacia atrás (donde está la cabina) no existe ningún interés particular ni necesidad de ocultarla. Todos pueden ver que hay una cabina, que en ella hay intérpretes, oyen al orador hablando un idioma en el sistema de refuerzo de palabra de la sala y pueden elegir si quieren usar un receptor de interpretación con auriculares para escuchar la interpretación en otra lengua.

En el estudio de televisión, como contrapartida, hay una distribución específicamente diseñada para que quede fuera de cámara todo lo que no deba verse, aunque se sepa o se intuya que está. No deben verse los micrófonos de techo, y los que sí se ven serán sumamente discretos. La escenografía, por su parte, igual que en el teatro o en el cine, podrá proponer imágenes para que hagamos de cuenta que estamos en otro lugar; por ejemplo, un atardecer sobre la ciudad. Después veremos que esto posiblemente tenga también su efecto sobre la percepción que el telespectador tiene de la interpretación.

¿Qué ve el intérprete? No puede elegir. A veces, si está interpretando a personas que están en el escenario, tiene de ellas una visión más o menos directa (con las

distracciones visuales ya mencionadas). Otras veces, particularmente si está interpretando a personas que no están en el *set*, solamente ve, en un televisor colocado frente a la cabina, lo que el director de cámaras del lugar de origen de la señal decide mostrarle al público. El intérprete necesita apoyarse en el lenguaje gestual de quien está interpretando. Como ya se explicó, esto sólo es posible si lo ve (directamente o en la pantalla). Puede suceder, entonces, que el intérprete no vea al orador, porque al director le pareció más interesante mostrar a alguna figura conocida que está entre el público, o cualquier otra imagen, como escenas de un paisaje (ejemplo tomado de la realidad), ya que no existe una señal de video específica para el intérprete.

De la misma manera, tampoco existe una señal de audio específica para el intérprete. No se trata de una imposibilidad técnica; es que, sencillamente a nadie se le ocurre que podría ser necesario. Así, la calidad del audio puede no ser muy distinta de la que el intérprete estará acostumbrado a encontrar en las circunstancias de trabajo en conferencia, pero con la diferencia de que nadie estará monitoreando ni ajustando la señal específicamente para el intérprete. Sin embargo, dependiendo de los medios disponibles y del lugar desde donde se está transmitiendo la señal, es igualmente posible que se produzca una falta de sincronización o desfase entre la imagen y el sonido (que tiene su origen en las diferentes velocidades de transmisión del audio telefónico y el video), así como ruidos, interferencias, desvanecimientos, interrupciones, etc.

Otro aspecto importante es que en televisión la condición normal es trabajar con lo que en la jerga llaman 'retorno'. Quiere decir que se trabaja con un auricular que permite escuchar la propia voz tal como está siendo emitida al aire, para poder monitorearse. Desde ya que si hay algo que no necesita un intérprete es escuchar en los auriculares su propia voz junto con lo que dice el orador que debe interpretar, y mucho menos mezclado y sin posibilidad de regular los volúmenes relativos. Esto, que puede parecer simple, en la práctica resulta muy difícil de comprender para los sonidistas de televisión. Implica una ruptura de su paradigma básico y aunque no me crean, lleva un considerable tiempo y esfuerzo lograr que los auriculares de los intérpretes no tengan retorno. Tan difícil es para los técnicos aceptarlo que me tocó presenciar un caso en el que alguien decidió que debían haber entendido mal y volvió a habilitar el 'retorno' una vez iniciada la interpretación, con las desastrosas consecuencias que pueden imaginar. ¡Por suerte, no era yo quien estaba interpretando!

Otro aspecto a destacar es el nivel de volumen de la voz del intérprete en relación con el volumen de la voz del orador (el 'original'). Normalmente, el intérprete no tiene ningún control del volumen con que se transmite su voz a los receptores de interpretación cuando está en una conferencia; pero en ella, es el público que escucha al intérprete el que ajusta el volumen de los auriculares a su comodidad con un control individual de volumen. Además, como todos los actores de la comunicación están presentes en el lugar, pueden pedir al operador del sistema de interpretación que reduzca el volumen del orador, o que suba el volumen de base de los receptores. Va sin decir que, además, y esto no sucederá en televisión a

menos que nos preocupemos específicamente de lograrlo, hay un operador del sistema de interpretación, es decir, alguien especialmente capacitado para este trabajo, que comprende qué necesita el intérprete y qué necesita el público.

En el caso de la televisión, en la cabina de sonido, se hace una “mezcla” es decir, se transmite la voz del orador mezclada con la voz del intérprete. Es común que envíen al aire la voz del orador con el mismo nivel que la del intérprete y esto impide que se entienda la interpretación con claridad. Otras veces, cuando se produce el cambio de un intérprete a otro, olvidan volver a ajustar el volumen. Nada de esto sucede por dificultades técnicas o porque los sonidistas sean incompetentes. Sencillamente, son sonidistas de televisión y no comprenden qué es la interpretación simultánea. Pero el resultado es que muchas veces el trabajo del intérprete se ‘desluce’ por este motivo.

En base a las pocas investigaciones realizadas sobre el tema, sabemos que la percepción que el público tiene de la calidad de la interpretación está sumamente condicionada por factores exógenos al intérprete: desde la calidad del sonido hasta el interés que lo que dice el orador y la simpatía o antipatía que pueda en suscitar. En el participante ‘promedio’ de una conferencia, la apreciación de los aspectos señalados ‘empasta’ su valoración de la interpretación. Dicho de otro modo, una mala regulación del sonido tiene un efecto importante sobre la percepción de calidad de la interpretación.

¿Qué podemos hacer al respecto? A veces, muy poco. Si la interpretación se programa con suficiente tiempo, insistir para contar con un sonidista especializado en interpretación, reunirnos antes de la transmisión con el director de sonido y prever que haya alguien que se ocupe de monitorear en forma continua. Y si el problema se presenta en el momento, tratar de alertar al director de sonido e intentar que lo corrija sobre la marcha.

Es evidente que muchas de estas condiciones físicas o técnicas poco favorables tienen un origen común: el desconocimiento que la gente de televisión tiene de lo que implica y requiere hacer interpretación simultánea y, en consecuencia, la sensación de que la interpretación es algo secundario que debe adaptarse a lo que ya se ha dispuesto o previsto sin tenerla en cuenta. No podemos dejar de señalar que todos los que trabajan en televisión están sometidos a un particular estrés. De acuerdo con mi experiencia, ese estrés no es privativo de la televisión local, pero se acentúa por la falta de medios, los presupuestos normalmente exiguos, y por esa característica tan argentina de ‘resolver sobre la marcha.’

Queda por mencionar, como otro factor adverso, que por una simple cuestión de diferencias horarias, dependiendo del tipo de programa y del lugar de origen de la transmisión original, podemos encontrarnos trabajando de noche o de madrugada, como elemento adicional de estrés.

Sobre el discurso y los oradores

¿Qué podemos decir con respecto a las características de los oradores y de los 'parlamentos' que nos cabrá interpretar? En términos muy generales, los oradores se dividirán, por un lado, en oradores 'profesionales', es decir, personas especialmente entrenadas para hablar en público, que tendrán a su disposición un texto preparado de antemano que estarán leyendo en la pantalla de un *teleprompter* o tan 'trabajado' que prácticamente lo recitarán de memoria. En esta categoría podríamos ubicar a los actores, conductores de programas, locutores, políticos, funcionarios de prensa, etc. Por el otro lado, nos encontraremos con quienes no son profesionales de los medios de las categorías anteriores y hablan en forma espontánea.

Si bien en nuestra práctica en conferencias también nos encontramos, en términos generales, con quien habla de manera espontánea y quien lee un texto preparado, la regla es que si alguien piensa leer un texto debe entregarlo previamente a la cabina. Ya sé que esto no siempre se cumple, pero en determinados ámbitos, tiene prácticamente fuerza de ley.

Una de las diferencias es que, desde ya, no se habla igual en y para la televisión que en otros ámbitos. La televisión es un medio visual orientado al espectáculo, y el intérprete no está acostumbrado (ni, comúnmente, preparado) para ser parte de un *show* artístico. Sin embargo, es posible que debamos interpretar el equivalente de un 'guión', algo escrito para producir ciertos efectos de entretenimiento, humor, impacto emocional, en combinación con determinadas imágenes. Creo que no es necesario que me explaye sobre las dificultades especiales que todo esto nos plantea. Sumemos a esto el hecho de que, por más que nos esforcemos, no podemos interpretar sino hasta después de que el mensaje ha sido emitido, comprendido y procesado, y por veloces que seamos, al terminar nosotros una frase, la imagen ya habrá cambiado, lo que obliga al espectador a una gimnasia a la que no está acostumbrado. Y esto nos lleva, precisamente, a algo más que merece ser estudiado.

El espectador

Creo que podemos convenir que existe un público 'culto', experimentado en lo que hace a interpretación simultánea. Si bien la interpretación como tal ha ido incurriendo en ámbitos cada vez más diversos, en el caso de la interpretación simultánea, por una simple cuestión económica y de planificación, en muchos casos, una importante proporción de nuestro público estará compuesto por lo que podríamos denominar 'conocedores', gente que participa habitualmente de seminarios o conferencias profesionales, que tiene alguna idea de las dificultades que la interpretación implica y de sus posibilidades y limitaciones.

¿Qué ocurre con el público de la televisión? Ese mismo señor que tolera pacientemente nuestro furcio cuando está en la sala de conferencias ¿lo tolera con la misma benevolencia sentado en su sillón favorito, en la intimidad de su hogar? Me animaría a decir que no. ¿Por qué podría suceder esto? Debo aclarar que no tengo más que

mi propia intuición y deducción para sostenerlo. Pero existen numerosos trabajos de los especialistas en semiótica que analizan las reacciones de los espectadores frente a distintas propuestas del cine, el teatro y la televisión en las que me apoyo.

La semiótica ha estudiado, entre otras cosas, la existencia de 'paradigmas' es decir, modelos aceptados por el público. Cuando nos sentamos en la sala del Teatro Colón para ver una ópera, estamos dispuestos a aceptar que la apasionada historia de amor se desarrolle entre protagonistas entrados en años y con varios kilos de más, cosa que no aceptaríamos como plausible si la misma historia (sin cantar) se contara en el cine.

Eso es lo que hace que se subraye lo que tiene de novedoso y transgresor que un artista se aparte de este tipo de pautas, que con el tiempo irán dando lugar a otros paradigmas o, para llamarlo con otro término tomado de la semiótica: 'verosímiles.'

Los distintos ámbitos generan 'reglas' que aprendemos a decodificar y, por lo tanto, a aceptar. Para dar otro ejemplo, los programas de televisión se dividen en bloques para poder intercalar publicidad. Quienes hacen los programas saben que es también el momento que el espectador aprovecha para ir a buscarse algo para comer, etc. También saben que parte de la audiencia se incorpora al programa una vez que ha comenzado (cosa que no está prevista en el cine). Por esta razón, la estructura de un programa de televisión tiene 'puntos de enganche' o momentos en que se hace una suerte de resumen de lo anterior, o incluso, al comenzar un bloque, una breve repetición de lo que antecedió. Esto, que aceptamos sin inmutarnos en el caso de la televisión, no estamos dispuestos a tolerarlo en el cine, donde se aplican reglas distintas.

Volviendo a nuestro tema, ¿cuál es la expectativa de ese telespectador que se 'topa' con un intérprete simultáneo? ¿Cómo lo juzga? ¿En base a qué parámetros de calidad?

En primer lugar, la interpretación es una profesión de la que la sociedad (y a veces aun sus mismos integrantes) no tienen todavía una imagen clara. Un comentario habitual que todos debemos haber escuchado como traductores e intérpretes es la inferencia de que si nos dedicamos a esta profesión es porque 'hablamos muchos idiomas'. Es común que veamos que diarios y revistas publiquen textos obviamente traducidos sin mencionar al traductor. Esto incluso sucede con textos literarios, como los 'cuentos de verano' que suelen aparecer en alguna revista de los domingos. Si esto ocurre en ámbitos de acción habitual de intérpretes y traductores, ¿qué podemos esperar que suceda en el caso de la interpretación simultánea en vivo para televisión?

No es aún un acontecimiento habitual para el telespectador promedio. No tiene pautas o reglas específicas que le permitan evaluar las dificultades que el intérprete está enfrentando. En muchos casos, ni siquiera sabe que lo que está escuchando es una interpretación simultánea. ¿Qué 'reglas' o 'códigos' aplicará como referencia? Sin duda, los del doblaje.

Estamos acostumbrados a dos tipos de doblajes: el que se usa habitualmente en los documentales –donde una voz en *off* acompaña las imágenes con un relato o descripción y mantiene una sincronización con las mismas–, y el doblaje de actores, donde la propuesta es hacer todo lo posible para crear la ilusión de que estamos escuchando las voces originales. De allí la laboriosa sincronización labial, el uso de distintas voces para distintos personajes, etc. También, desde ya, que un hombre hable con voz de hombre (y no de mujer) y que a un chico o a un anciano se les apliquen voces pertinentes.

¿Cómo se hace un doblaje? Se prepara un guión, se lo adapta para que los sonidos se correspondan con los movimientos de los labios del personaje, se contratan actores especializados y un director de doblajes. Luego, todos se reúnen en un estudio de doblaje, ensayan y realizan esta laboriosa tarea, con los técnicos cortando y editando, según sea necesario. De acuerdo con los comentarios que he escuchado en estos estudios (ya que he incursionado en el doblaje de locuciones en *off*), el tiempo promedio de grabación ininterrumpida (antes de que sea necesario parar, editar y volver a empezar) ¡es de unos dos minutos!

La interpretación simultánea para televisión podría pensarse como más cercana al doblaje de un documental con locución en *off*, pero también en este caso las diferencias son sustanciales. Será imposible para el intérprete mantener la sincronía con la imagen que tiene el narrador del documental, además de que el intérprete está interpretando diálogos o monólogos de personas que hablan a la vista del telespectador.

Cuando un productor insiste (como es frecuente) en que se debe contar con un hombre para interpretar a los hombres y una mujer para interpretar a las mujeres, es claro que no está aplicando los criterios de la interpretación simultánea de conferencia, sino los criterios del doblaje.

Y eso mismo es lo que hace el telespectador. Juzga la claridad de dicción, la voz y la capacidad histriónica del intérprete en base a lo que conoce: lo que está acostumbrado a ver o escuchar en la televisión. Actores, locutores, conductores de programas. Hay quien ha hecho su fortuna armando programas dedicados a los furcios de éstos. ¿Corresponde aplicar a los intérpretes simultáneos parámetros similares?

Dado que la interpretación simultánea exige al espectador un ejercicio de decodificación (unir la imagen que ha visto con la voz que le llega después, una misma voz para varios rostros, etc.) al que no está acostumbrado, por lo menos en ese contexto, le resulta necesariamente defectuosa, molesta.

Y cuanto más cultivada y preparada sea la persona que interpretamos en sus cualidades actorales y comunicativas, mayor será el nivel de exigencia de quien nos escucha. El furcio o la torpeza de enunciación o dicción que podrían disculparnos cuando interpretamos en una conferencia serán considerados imperdonables en televisión si estamos interpretando a alguien que ha construido su posición y su prestigio por su habilidad para ‘el decir.’

Conclusiones

Frente a esta lista casi interminable de dificultades, cabría preguntarnos si la interpretación simultánea en vivo es verdaderamente conveniente. Creo que la mejor manera de responder a esta pregunta es con otra: ¿cuál es la alternativa? La única manera en la que un numeroso público puede participar en determinados sucesos, noticias o espectáculos es por ese medio. La vorágine actual no admite esperar el tiempo que requeriría un subtítulo o doblaje tradicional y los medios se pelean por 'la primicia'.

Uno podría también cuestionarse si es éste realmente un trabajo para intérpretes. Y la respuesta, me parece, es nuevamente la misma: ¿quienes más podrían encararlo?

Dadas estas premisas, aparece como indudable que la formación clásica no nos prepara adecuadamente para responder a esta necesidad de nuestros tiempos y que, a falta de otra alternativa, deberemos prepararnos individualmente por nuestros propios medios para suplir estas carencias.

No suena descabellado pensar que un intérprete debe saber hablar tan bien como un locutor o un conductor; todavía más, porque debe hacerlo con la carga agregada que significa interpretar y elaborar su propia forma del discurso. En lo que respecta a las dificultades relacionadas con las condiciones físicas de trabajo, la experiencia ayuda a encontrar maneras de mitigarlas hasta niveles tolerables. Lo mismo ocurre con las dificultades de tipo técnico. Quienes quieran dedicarse a esta actividad deberán, como parte de ella, invertir el tiempo necesario para ir educando a los productores, técnicos, etc., como seguramente tuvieron que hacerlo nuestros antecesores cuando la interpretación simultánea de conferencias daba sus primeros pasos. (¿Recuerdan las imágenes de cómo trabajaron los intérpretes de Nuremberg?)

En lo que se refiere al eco que nuestra tarea pueda tener en el público, creo que son necesarias varias cosas. Por un lado, debemos trabajar activamente para crear en la sociedad una imagen de nuestra profesión que permita que más gente sepa verdaderamente quiénes somos y qué aportamos a la sociedad, no sólo cuando estamos interpretando en televisión, sino en todos los ámbitos en los que se desarrolla nuestra profesión.

También sería importante que en nuestro trabajo de educar a la gente de televisión logremos que, al transmitirse el programa, aparezca una leyenda que diga 'este programa está siendo interpretado en forma simultánea en vivo', a semejanza de lo que ocurre con las imágenes de las noticias que no hubo tiempo de editar. Así como el espectador acepta que la cámara apunte al piso y la imagen pierda foco porque el camarógrafo está esquivando las balas, podría llegar a comprender que hay reglas diferentes que se aplican a una interpretación en vivo.

Con el transcurso del tiempo y a través de un debate interno de la profesión, podríamos llegar a generar criterios de calidad específicos que permitan a los propios intérpretes evaluar de una manera más sensata su tarea. Quizá podamos confiar en que por estos medios y con una mayor exposición y experiencia, el público vaya amoldando sus expectativas a una nueva situación, a la que corresponden otros

parámetros, y los intérpretes encontremos otro campo de acción en el que desarrollarnos. Porque ya sea que consideremos a la interpretación simultánea en vivo una misión imposible o simplemente difícil, de lo que no hay duda es que ha llegado para quedarse.